

en el *Lienzo de Tlaxcala*: la que se refiere a la construcción de los trece bergantines para sitiar y tomar México.

El pequeño estudio del autor, pues, cumple con el cometido: historia del códice, descripción física, descripción de las escenas y relaciones con fuentes y documentos. No existen mayores pretensiones. La parte de mayor interés lo constituye la última: el estudio histórico-descriptivo y el de las relaciones con las fuentes y otros documentos; agreguemos el valor de las ilustraciones que incluye, todas las del códice, a más de otras relativas al *Lienzo de Tlaxcala* y el manuscrito de Panes.

Sergio FLORESCANO
El Colegio de México

Ángel ROSENBLAT, *La población de América en 1492 — Viejos y nuevos cálculos*. México, El Colegio de México, 1967. 100 pp.

Esta breve pero substanciosa obra consta de dos partes, independiente una de la otra. La primera se ocupa de la población de la isla Española (Santo Domingo) en 1492, y la segunda de la del México central en 1519 y 1548. (Siendo así, el título nos resulta inexplicable.) Se trata de una aguda, cuidadosa, elaborada crítica —diríamos despiadada si no nos pareciera legítima— de los trabajos que sobre la población de los citados momentos históricos han hecho los investigadores norteamericanos Woodrow Borah, Sherburne F. Cook y Lesley Bird Simpson, y publicados principalmente en la conocida serie "Ibero-Americana" de la Universidad de Berkeley. El libro que reseñamos está sin duda llamado a formar parte importante en la interesante y activa polémica histórico-demográfica en que participan eminentes americanistas.

Como es sabido, los citados investigadores sostienen cifras fabulosamente altas —las más altas que historiador alguno haya presentado— como válidas para contar el número de habitantes principalmente de México (las cifras sobre otras regiones no responden a su interés primordial) en el siglo XVI. Rosenblat es representante de una escuela que supone como verdaderas cifras mucho más moderadas, y a la que pertenecen investigadores de diversas procedencias. En este libro va él a defender su punto de vista, que ya ha expresado con anterioridad en publicaciones de 1935, 1945 y 1954, utilizando prácticamente el mismo material que Borah, Cook, y Simpson en 1948 (para la Española)

y 1960 y 1963 (para México), sólo que interpretándolo en distinta forma. Pero veamos cuáles son esos argumentos para cada una de las partes del libro.

Cook y Simpson suponen que la cifra de 4 000 000 aproximadamente para 1492 que se puede desprender de la obra del padre Las Casas para la población de la isla Española es correcta, y que hubo posteriormente una catástrofe demográfica que redujo a unos cuantos miles el número de indios. Rosenblat observa que esos resultados son el producto de una investigación carente de crítica seria de sus fuentes y que acepta sin más las informaciones obtenidas, y en este caso particular aun a sabiendas de que en Las Casas hay una "verdad" intencional que fue escrita para exagerar los estragos de la Conquista en la población autóctona y no una verdad estadística. Apunta algunos pasajes claves de la obra lascasiana y de las de Fernández de Oviedo, Pedro Mártir y fray Bernardo de Santo Domingo y a través de ellos, por principio de cuentas, demuestra que no se pueden sacar de sus informaciones textuales arriba de un millón de habitantes o poco más para el citado año de 1492, y que la cifra cuatro veces mayor de la escuela de Berkeley no tiene más fundamento que unos cuantos párrafos inciertos de las páginas de los cronistas. Pero esas son cifras textuales que no se pueden tomar al pie de la letra y además —continúa Rosenblat— es inexplicable que de ese millón la población haya descendido a unos 60 000 indígenas en 1510, cantidad esta última que no se contradice.

Los argumentos de Rosenblat para bajar aquella cifra a la que él sostiene de 100 000 habitantes el año del descubrimiento (con un "margen de error" del 20%), número muy lógico, podrán parecer no tan contundentes por no estar basados en cifras tomadas directamente de las fuentes primarias, pero están corroboradas con descripciones del paisaje: Colón, Pedro Mártir, el mismo Las Casas, coinciden en que en la isla no había ciudades, sino sólo pequeñas poblaciones muy alejadas entre sí, siendo necesario caminar muchas leguas para ir de unas a otras. Se nos ha ocurrido suponer esos 100 000 habitantes de la Española repartidos en poblados de 500 habitantes como promedio, y distribuyendo uniformemente los 200 que nos resultan en los 74 286 Km² de su superficie nos resulta un pueblo de éstos por cada 360 Km², separados entre sí por distancias promedio de 19 kilómetros y medio. Si los habitantes fueran 1 000 000 no habría más de 2 kilómetros entre esos hipotéticos pueblos y si fueran 4 400 000 esa distancia intermedia quedaría reducida a unos 450 metros. ¿Coincide esto último con las declaraciones de los descu-

bridores y conquistadores que hablan de espesos bosques y largas caminatas sin encontrar apenas un grupo de indios? La densidad de población que resultaría aceptando los cuatro millones sería de 57.6 habs. por Km², que podría ser real si existieran ciudades que concentraran una buena parte de la gente, pero siendo esa densidad exclusivamente rural no es posible (y de hecho aún sería mayor esa densidad al sustraer de la cuenta de población zonas geográficamente inhabitables). Con el cálculo de Rosenblat la densidad es de 1.3 habs. por Km².

Lamentamos que no se haya extendido el autor de este libro con la interpretación de testimonios indirectos como las descripciones de viajes, etc., que resultan, por otra parte, muy seguros para un lugar donde, por la falta de una civilización avanzada, el paisaje cultural es bastante homogéneo; sin embargo, aunque apenas en dos páginas, este historiador argentino nos muestra con qué buen juicio se pueden aceptar las informaciones indirectas, y a veces aun por encima de las más próximas a la interrogante que el problema demográfico plantea, informaciones que a menudo resultan inciertas por sus mismas pretensiones de exactitud.

En cuanto al México central —y la Nueva Galicia incluida en el total— Borah y Cook sostienen cifras que van de los 25 000 000 y más en 1519 al millón aproximadamente en 1605. Esos 85 años de distancia convierten a ese descenso demográfico en catastrófico como el que más en la historia de la humanidad, y centran uno de los temas más caros a los señores Cook y Borah. Para 1548 dan 6 300 000 habs. y Rosenblat considera ésta y la primera cifras como claves en el problema.

Opina que los investigadores norteamericanos procedieron a inflar deliberadamente (la pág. 49 lo dice clara, irónicamente) las cifras de 1548 para mantener la escala descendente y regular que siguen en sus tablas. La *Suma de visitas de pueblos* es el documento básico para ellos, de la que después de una conversión de los datos que trae obtuvieron una cifra de 1 366 500 habitantes para México central y la Nueva Galicia. Rosenblat la acepta sin más, pues le parece escrupulosamente obtenida, pero no acepta que a través de cuatro “manipulaciones” la hagan ascender a los seis millones mencionados.

La primera manipulación de Cook y Borah consistió en agregar a la cuenta original 1 572 883 habs. producto de la población asignada por ellos a una serie de localidades no incluidas en la *Suma*. Rosenblat pasa revista a las listas de pueblos de los trabajos de los dos norteamericanos y observa que muchos están a puro descuido y varias veces producto de no identificar como

uno solo varios toponímicos indígenas que parecen distintos por contados dos veces, una como cabeceras y otra como sujetos y aun en ambas con la misma jerarquía, error debido en ocasiones a su irregular grafía. También disminuye, a la mitad, con base en documentos que considera concluyentes, la población que la escuela de Berkeley da a Tlaxcala. Y como resultado de todo, reduce esa primera cifra adicional a 1 200 000 habitantes. No podemos opinar nada acerca de este número, pero tal vez Rosenblat se haya apresurado un poco: mientras no se delimiten con precisión las jurisdicciones y se sepa qué lugares comprendía cada tasación, existirá siempre el riesgo de duplicar las cuentas de un considerable número de localidades. La magnitud a que esto puede llegar se aprecia en el estudio de unidades de relativamente fácil delimitación, como las del Marquesado del Valle.

Acerca de la segunda manipulación, Ángel Rosenblat deshace maravillosamente una segunda cifra adicional de 1 469 609 habitantes que sus criticados Borah y Cook consideran como "población no tributaria del *calpulli*" y por lo tanto no incluida en la *Suma*. No cabe casi la menor duda después de leer los argumentos de este libro que esa supuesta población extra —caciques, viejos, enfermos, niños, etc.— ya había sido incluida, bien entre los tributarios, bien al considerar el número de miembros de las familias, en la cuenta original tomada directamente de la *Suma*. Sólo acepta él unos 300 000 indígenas exentos de tributo por tener otros servicios que atender o por nobleza (y éstos son casos contados), es decir, los llamados indios "reservados". Observamos un poco de rigidez en la crítica porque supone a muchas personas no tributarias incluidas en familias sí contadas como tales, cuando es posible que el número de individuos económicamente independientes y exentos de tributar por edad u otra consideración fuera digno de tomarse en cuenta separadamente.

Sobre la tercera manipulación es también notable la forma en que reduce a otros 300 000 el 1 830 000 mayeques o terrazgueros exentos de tributo y no incluidos en la *Suma* según los norteamericanos, basándose en el hecho documentalmente comprobado de que no hay razón para generalizar a todo México un fenómeno excepcional como el de la existencia de mayeques que no pagaban tributo. A casi todos los considera pues, incluidos en la cuenta original extraída de la *Suma de visitas de pueblos*.

Finalmente, reduce a 10 000 los 50 000 esclavos que dan Borah y Cook en su cuarta manipulación.

El resultado final es una cifra de 3 200 000 habitantes para México central y la Nueva Galicia en 1548, en oposición a los 6 300 000 contra los cuales presenta sus razones.

Extrañamos que no se considerara la posibilidad de que apareciera el problema —difícil de solucionar, por otra parte— de los tributarios de la ciudad de México y la población flotante de comerciantes que escapaba al control de las tasaciones, problema que no puede ignorarse en un estudio para el siglo xviii, y que de existir también en el xvi, como es probable, modificaría en algunos millares el total.

Sin embargo, a pesar de que el “margen de error” de los resultados del historiador y filólogo argentino es indudablemente grande, éstos nos parecen lo suficientemente serios y bien fundados como para minar los fundamentos —es el propósito de Rosenblat— de la escala descendente regular de Cook y Borah. No pierden sentido las cifras que éstos dan para fechas posteriores (1568, 1580, 1595 y 1605) que van de dos y medio millones al millón en números redondos, pero los 16 y los 25 millones para 1532 y 1519-21 resultan, si aceptamos a Rosenblat, en una desproporción aún más increíble. El autor de este libro pasa en seguida a ocuparse de la pretendida veracidad de la ya débil cifra de Berkeley para 1519 y no la encuentra justificada ni aun en su quinta parte, o apenas. Acusa a sus autores del prejuicio de querer tomar la más abultada interpretación posible en cualquier caso, y de hacer cálculos y multiplicaciones sin base alguna; consiguientemente, así como llegaron “moderadamente” a los 25 millones, podrían haber llegado a los 50.

Así pues, Rosenblat llega a la conclusión de que las cifras que ponderara a través de sus trabajos sobre demografía aún se sostienen con base firme en medio de la polémica al respecto. Es muy importante no olvidar que *La población de América en 1492* no es el libro en que están fundamentados principal y originalmente los resultados del autor, sino una defensa de su tesis frente a una interpretación distinta. Hay, por lo tanto, que tomar en cuenta sus trabajos anteriores si se pretende comprender bien su punto de vista.

Su inteligente defensa muestra, repetimos, la falsedad a la que —contando sólo con los medios que actualmente poseemos— se puede llegar con el prurito de dar crédito por sobre todo a la información que aparenta ser más precisa, y con el afán de reconstruir ahora las fuentes utilizadas con una exactitud que en sus tiempos, cuatro siglos atrás, no tuvieron. Esperamos, con Rosenblat, una mejor solución, aproximada, de “razonable probabilidad” que poco a poco, con más investigaciones, se irá pre-

cisando. Sin duda vale la pena continuar una polémica en la que han participado éste y otros trabajos notables.

Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ
El Colegio de México

ESTUDIOS DE HISTORIA NOVOHISPANA. Publicación del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM. Vol. I, México, 1966. Editora del volumen Josefina Muriel, con la colaboración de Rosa Camelo.

Es ésta una revista encaminada a diversificar las publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, el más grande, en cuanto a número de investigadores, de los que en nuestro país se dedican a la historia. En la introducción el doctor Miguel León-Portilla, directo del Instituto, advierte que

juntamente con la preparación de obras más extensas destinadas generalmente a publicarse en forma de libro, se ha considerado conveniente editar también una serie de anuarios en los que puedan ofrecerse trabajos más breves, artículos y ensayos, destinados a esclarecer algún punto en particular y que muchas veces podrán ser anticipo de lo que se ha encontrado a lo largo de la investigación. Gracias a estos anuarios en los que se desea contar con la colaboración de los miembros del Instituto y de estudiosos de fuera de él, podrá mantenerse un contacto más estrecho con quienes hacen objeto de su atención la historia de México...

El carácter de la revista, claramente especializado, responde a una inquietud actual: la necesidad de acotar los campos del conocimiento y de profundizar en ellos. Así, una muestra de esta inquietud es el incremento del interés por los temas coloniales; que a su vez es una consecuencia de un fenómeno más amplio: la revalorización de una etapa histórica en la que es posible, y necesario, hallar antecedentes fundamentales para nuestra realidad, y en la que se localiza el principio de muchos problemas que aún hoy confrontamos.

Como se advierte en la introducción, y pese a la delimitación de la época, el campo que ofrece *Estudios de Historia Novohispana* es muy vasto. Tanto así que el contenido de la revista es, y será necesariamente en lo futuro, heterogéneo: dará cabida